

Lo trágico y la lástima. "Discurso de respuesta a René Girard"⁷⁰

Michel Serres⁷¹

*Girones llenos de sangre y miembros horrorosos
Se los disputaban aquellos perros que los devoraban*

¿De dónde llegan hasta acá esos ladridos? ¿Reconocemos igualmente en el relato de Theramen, los caballos desbocados que arrastran el cadáver de Hipólito por la playa, descuartizado? ¿Quiénes son estas serpientes que silban sobre vuestras cabezas?

Gracias, señor, por habernos hecho escuchar, en esos ladridos, esos relinchos, estos aullidos de animales rabiosos, nuestras propias vociferaciones; de haber desvelado, en esta jauría sangrienta, en esta yunta desbocada, en este nudo de víboras, en estos animales encarnizados, la violencia abominable de nuestras sociedades; de haber revelado finalmente en estos cuerpos despedazados, las víctimas inocentes de los linchamientos que perpetramos.

Sacado de Racine, este bestiario hominiario hubiera podido escaparse, furioso, de la Antigüedad griega, donde mujeres tracias despedazan a Orfeo; del Renacimiento inglés o del siglo XVII clásico francés, donde cada tragedia lleva consigo, imaginada o real, una traza infaltable de este asesinato. Las imprecaciones de Camila, en Corneille, reúnen contra Roma a todos los pueblos salidos del fondo del universo; y en Shakespeare, los senadores, congregados, plantan sus cuchillos cruzados en el tórax de César. El origen de la tragedia que buscó Nietzsche, sin encontrarla, usted la ha descubierto; yace, toda ofrecida, en la raíz helénica del término mismo: τραγος significa, en efecto, el "chivo", ese chivo

⁷⁰ Michel Serres, *Lo trágico y la lástima. "Discurso de respuesta a René Girard"*. Sesión pública de la Academia francesa del 15 de diciembre de 2005. París: Le Pommier, 2007, pp. 49-97, 99-102. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau Castaño, Medellín, septiembre 28 de 2009.

⁷¹ Filósofo francés nacido en Agen en 1930. En 1968 obtuvo su doctorado con una tesis sobre la filosofía de Leibniz, antes había estudiado matemáticas, filosofía y letras, además de oficial naval entre 1955 y 1958. Ha sido profesor de las universidades Clermont-Ferrand, Vincennes, Sorbona y Stanford. En 1990 fue distinguido como miembro de la Academia Francesa por su trayectoria intelectual. Entre sus publicaciones traducidas al español figuran: *El contrato natural* (1991); *El paso del noroeste*. Hermes V (1991); *Historia de las ciencias. Caudales y turbulencias* (1991); *El nacimiento de la física en un texto de Lucrecio* (1994); *Atlas* (1995); *La comunicación*. Hermes I (1996); *Los orígenes de la geometría* (1996); *La interferencia*. Hermes II (2000); *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo* (2002) y *¿En el amor somos como bestias?* (2005).

expiatorio que las masas, prestas a la carnicería, expulsan cargándolo con los pecados del mundo, los suyos propios, y cuya imagen invierte el Cordero de Dios. Gracias por haber arrojado la luz en la caja negra que ocultamos entre nosotros.

Nosotros

Nosotros, patricios, en el pantano de la Cabra, reunidos en círculos concéntricos en torno al rey de Roma; nosotros, entre las tinieblas de una tormenta sembrada de rayos; nosotros, despedazando a Rómulo, y, regresada la claridad, huyendo, avergonzados, cada uno disimulando en el pliegue de su toga, un miembro de su jefe descuartizado; nosotros, soldados romanos apretujados en torno a Tarpeia, echando nuestros brazaletes, nuestros escudos sobre el cuerpo virginal de la vestal casta; nosotros, lapidadores de la mujer adúltera; nosotros, perseguidores, lanzando piedra tras piedra sobre el diácono Esteban, cuya agonía ve los cielos abiertos [...]

[...] nosotros, desterrando o eligiendo a tal candidato inscribiendo su nombre sobre terrones de tierra cocida, recuerdo olvidado de aquellas piedras de lapidación; nosotros, que designamos un jefe por medio de nuestros sufragios, sin acordarnos que esa palabra fractal significa aún los mismos fragmentos; echados sobre el elegido; con esas piedras asesinas construimos nuestras ciudades, nuestras casas, nuestros monumentos, nuestra Academia; nosotros, al designar rey o víctima, en medio de nuestros furores temporalmente canalizados por este sufragio mismo; nosotros, vuestros cofrades que, con nuestros sufragios os hemos elegido; nosotros, sabiamente sentados en torno vuestro, de pie, discurriendo sobre nuestro padre Carré, muerto.

Gracias a usted veo por primera vez el sentido arcaicamente salvaje de esta ceremonia, los círculos concéntricos de las sillas, pegadas al piso, inmovilizadas, separadas; escucho el silencio del público, apaciguado de fascinación, escuchándoos, a usted, elegido, de pie; descubro también por primera vez esta capilla redonda en torno a la tumba de Mazarino, las dos hechas de piedras de una lapidación congelada, que reproducen, como en modelo reducido, las pirámides de Egipto, resultado ellas también, sin duda entre las primeras, de una larga lapidación, la del cuerpo del Faraón, abrumado, acostado bajo ese montón. ¿Levantamos las instituciones necrópolis y metrópolis a partir de este suplicio primitivo? ¿Se forma nuestra cúpula de la Academia siguiendo este rito olvidado?

¿Qué significa el sujeto que llamamos “usted” o “yo”? *Sub-jectus*, el que, acostado, echado abajo, lanzado bajo las piedras, muere bajo los escudos, bajo los sufragios, bajo nuestras aclamaciones. ¿Y qué abominable liga pega los colectivos en este sujeto plural que llamamos “nosotros”? Ese cemento se compone de la suma de nuestros odios, de nuestras rivalidades, de nuestros resentimientos. Sin cesar re-nacida, madre mimética de sí misma, madrastra

de los grupos, la violencia, molécula de muerte tan implacablemente replicada, imitada, retomada, reproducida como las moléculas de la vida, este es el motor inmóvil de la historia. Profunda lección de gramática elemental y de sociología política: “usted”, bajo la caja negra de las piedras, este es el chivo expiatorio; “nosotros”, en la caja negra de la noche, he aquí sin que lo sepan, antiguos perseguidores. Lección de antropología y de hominización; sobre esto volveré.

¿De dónde proviene esta violencia?

Observa nuestros trajes verdes. ¿Por qué un grupo desfila así en uniforme? ¿Por qué mujeres y hombres siguen una moda en los vestidos, intelectual, habladora? ¿Por qué solo deseamos pasar por excepcionales singularidades, con la condición de actuar como todo el mundo? ¿Por qué la llamada corrección política ejerce tantos estragos sobre la libertad de pensamiento? ¿Por qué se requiere tanto coraje para decir lo que no se dice, pensar lo que no se piensa, hacer lo que no se hace? ¿Por qué la obediencia voluntaria fundamenta los poderes? ¿Por qué nos prosternamos delante de las grandiosidades de lo establecido, de la que la ceremonia de hoy da un tan perfecto ejemplo?

Usted ha descubierto también esa otra y primera atracción cuya adherencia constituye una buena parte del lazo social y personal: arremedar, gestos y conductas, palabras, pensamientos, nos acerca a nuestros primos los monos, chimpancés o bonobos, a los que, *Aristoteles dixit*, les ganamos en imitación. ¿Cuántas veces, observando, en un ministerio, una recepción oficial, o en un hospital, la visita de un profesor de medicina a la cabecera de un enfermo, no he visto, con mis ojos he visto, grandes antropoides entregándose a los juegos irrisorios de la jerarquía, donde el macho dominante se pavonea frente a los dominados o a sus hembras sometidas? La imitación produce la dominación más o menos feroz que ejercemos o padecemos.

Antropológico y trágico, el modelo que usted propone a nuestra meditación, al iluminar nuestra experiencia, parte de la imitación y del deseo que de allí deriva. Fulano desea la amante de su amigo o al amigo de su amante; aquel otro cela el sitio de su prójimo vecino; ¿qué niño no grita: ¡Yo también! cuando su hermano o su hermana reciben un regalo; y qué adulto puede evitar tener el mismo reflejo? El estado de iguales crea una rivalidad que, de rebote, nos transforma en gemelos, volviendo a atizar, a la vez, el odio y la atracción. El paisaje entero de los sentimientos violentos, de las emociones de base, diverso y coloreado en apariencia, brota de esta gemelidad uniforme y, sin embargo, productiva. Deseamos lo mismo, el deseo nos hace parecidos, lo mismo produce el deseo, que se reproduce monótono, en la doble carta de Tierno y de Odioso, que usted dibuja con el pincel del mimo.

Mejor aún, este mimetismo surge bruscamente del cuerpo, del sistema nervioso que comprende esas neuronas espejo, descubiertas recientemente por cognitivistas italianos, y de las que sabemos hoy que se excitan tanto cuando hacemos un gesto como en el momento en que vemos a otro hacerlo, como si la representación equivaliera al acto. De este modo la imitación se vuelve uno de los formatos universales de nuestras conductas. Imitamos, reproducimos, nos repetimos. La replicación propaga y difunde el deseo individual y las culturas colectivas como los genes del ADN reproducen y diseminan la vida; extraño dinamismo de lo idéntico cuyo automatismo redundante, replicado indefinidamente, va repitiéndose.

Usted ha metido la mano en una de los grandes secretos de la cultura humana, especialmente de la que conocemos hoy, cuyos códigos invaden el mundo exponencialmente más rápido que los de la vida —tres mil ochocientos millones de años para una, algunos milenios apenas para la otra—, porque sus grandes revoluciones —tallas de piedra en el paleolítico, escritura en la Antigüedad, imprenta en el Renacimiento, industria de cadenas y de series desde hace algunos siglos, nuevas tecnologías más recientemente— inventaron todas, sin excepción, replicadores, códigos u operaciones de codificación cuya superabundancia invasora caracteriza nuestra sociedad de comunicación y de publicidad. Estos replicadores, cuya similitud excita y reproduce el mimetismo de nuestros deseos, parecen imitar a su vez el proceso de reproducción del ADN viviente.

Los objetos que nos rodean de acá en adelante: vehículos, aviones, electrodomésticos, trajes, afiches, libros y computadores... todos propuestos a nuestros deseos, ¿cómo llamarlos, sino reproducciones de un modelo, con pocas variaciones? También ¿qué decir de lo que la incultura de nuestras élites llama “management” para las empresas privadas, o Administración, para los servicios públicos, sino que la espantosa pesantez de su organización tiene por objetivo hacer homogénea y reproducible toda actividad humana, y dar así el poder a los que no tienen ninguna práctica singular? ¿Y qué decir de las marcas, por todas partes propagadas, que se originaron en las huellas del paso que dejaban al caminar, impresas sobre la arena de las playas, las putas de Alejandría, revelando así su nombre y la dirección de su lecho? A lo largo de su marcha duplicada ¿no volvemos al deseo? ¿Qué presidente de una marca importante (en la actualidad por todas partes replicada) se sabe —si no lo sabe, me alegra enseñárselo—, se sabe, digo, hijo de esas putas de Alejandría? Hemos creado un entorno en el que el éxito mismo, donde la propia creación, dependen de acá en adelante de la reproducción más que de lo inimitable.

El mayor peligro que corren nuestros niños es este: los hijos de putas, a los que acabo de recordarles su digno linaje, los sumergen en un universo de códigos replicados; los aplastamos de redundancias. La crisis de su educación

es esta: aunque fundado naturalmente sobre la imitación, el aprendizaje nos enseña a volvernos singularidades inimitables. Pero estruendosos, los *mass-media*, la publicidad, el comercio y los juegos, por el contrario, repiten: Imitadme, volveos los vehículos automáticos de la repetición de nuestras marcas, para que vuestro cuerpo y vuestros gestos repetidos multipliquen repitiéndolos nuestros éxitos comerciales; tímida, y casi sin voz frente a estos potentados, la educación les susurra: No imitéis a nadie que no sea a vosotros mismos, volveos vuestra libertad. Vuelta pedagógica, nuestra sociedad ha convertido la educación en contradictoria. Esta es finalmente la crisis de la creación: en un universo de replicadores, modos y códigos reproductores, clones pronto, la obra inimitable permanece oculta hasta la fundación de un nuevo mundo. Así usted nos ha revelado cómo el deseo personal y la cultura humana amplifican uno de los secretos de la vida, del nacimiento, de la naturaleza.

Enceguecidos por la monotonía de lo mismo, vemos mal la repetición. Por ejemplo, ¿comprendemos cómo las técnicas —externalizadas del cuerpo— reproducen primero las funciones simples de nuestros órganos: el martillo golpea como el puño, la rueda gira como las articulaciones de las rodillas y de los tobillos, el recién nacido mama el biberón como el seno...; imitan luego los sistemas: las máquinas de fuego imitan la termodinámica del organismo; telescopios, microscopios imitan los sistemas sensoriales... imitan luego algunos tejidos; las redes de vías férreas, marítimas, aéreas, electrónicas imitan el tejido nervioso... miman, en fin, la imitación misma del ADN...?

Tenemos otro mimetismo oculto: emparejadas con el cuerpo, las técnicas terminan por entrar en su secreto de reproducirse de forma semejante. Se reducen pues a biotecnologías. Salidos del cuerpo, los bien llamados aparatos, vuelven a él hoy. Su historia cuenta cómo los objetos que fabricamos exploran, los unos luego de los otros, las prestaciones de la vida. Antaño yo llamé a esto el “exodarwinismo” de las técnicas; gracias a usted comprendo que él continúa, que imita, culturalmente, el darwinismo natural. De aquí en adelante lo voy a llamar pues “el nuevo Darwin de las ciencias humanas”.

Quiero, por medio de dos confesiones, completar el cuadro del mimetismo tal como usted lo describe: la primera concierne a nuestras psicologías. Sí, por ejercicio o por necesidad, buscáramos lo más lealmente del mundo, lo que deseamos verdaderamente, o aquí y ahora, o globalmente para nuestra vida entera ¿no entraríamos por mucho tiempo en otra caja negra, íntima, donde nos perderíamos, sin encontrar en ese fondo oscuro de nosotros mismos, el más pequeño elemento de respuesta a esta exigencia, inmediata o amplia, de placer o de felicidad? Frente a la inquietud inducida por un tal extravío, nos precipitamos hacia la imitación porque no podemos dejar de llenar, lo más rápido posible, un vacío tan angustiante.

Por otra parte, por difícil que se presente la moral más austera ¿no constituye también ella un sustituto fácil a la misma ausencia? Evidencia más que paradoja: la ruta breñosa de la moral, tanto como el camino fácil de la imitación, parece una vía de acceso más practicable que la búsqueda inaccesible del auténtico placer. Dado que no sé lo que quiero, será lo mismo desear lo que los otros parecen querer o lo que las normas feroces me imponen.

Segunda confesión, más lógica a la vez y más personal: no se presenta ningún caso (dice Karl Popper en alguna parte) en el que ciertas teorías —el marxismo y el psicoanálisis, por ejemplo— no funcionen. Hay pues teorías que siempre tienen razón; este es un mal signo, pues, exacto o riguroso, el saber se reconoce en que él conoce siempre los lugares donde desfallece. Solo hay pues ciencia de lo falsable. Ahora bien, aquí y allá se oye decir que su modelo, demasiado universal, cae bajo esta cuchilla. Se dice que no habría ninguna excepción a su teoría del doble y de la rivalidad mimética. Solo se la podría verificar; ahora bien, repito, para que ella pueda entrar en la ciencia se requeriría falsarla.

Inmediatamente me dedico a ello. Hace ya casi treinta años que, pretendiéndome su amigo, recibo de usted muestras de amistosa reciprocidad. En público esta noche puedo jurar a los dioses ante el altar del mundo, y sin correr el riesgo de perjurio, que nunca he experimentado ni sombra de celos ni de resentimiento con usted, con toda la admiración que le tengo. Le pido pues que me considere como un monstruo, como un doble sin rivalidad, por tanto, falsador de su modelo; por ello podemos admitirlo en la exactitud rigurosa del saber. Usted estará de acuerdo conmigo ¿qué más regocijante que un amigo verdadero que juegue al falso amigo para poder demostrar, falsándola, la verdad descrita por su amigo?

Y puesto que se trata de usted y de mí ¿por qué no confesar —entrando más en las confidencias— que, sin embargo, lo envidio en una cosa? Usted nació en Aviñón, expresión que me induce (y es esta la excepción) a la rivalidad mimética; pues salido también yo, el que soy todo el tiempo su doble, de una ciudad cuyo nombre comienza por una A, no me beneficio (como usted y alguno de nuestros amigos nacido por suerte en Haití) de la preposición “en” cuya eufonía evita a sus compatriotas el hiato cuyo odioso horror persigue al que habitó a Agen. Me dejo consumir aquí por los fuegos de la envidia. Pero si, aventajándome y castigándome, este punto de gramática nos separa, dos puentes (como se debe) nos reúnen: mientras que usted danza en el de Aviñón, nosotros nos enorgullecíamos de nuestro puente-canal.

Casi gemelos, nacimos pues en la misma latitud; pero solo los parisinos, gentes de poco oído, creen que hablamos con el mismo acento una misma lengua de Oc. Mientras que ellos creen que Francia está solamente dividida en Norte y Sur, no la ven como nosotros separada también en Este y Oeste; nosotros, celtas, e incluso celtas-íberos, y vosotros, galos latinizados de Arles o de Milán,

prometidos al Santo Imperio romano germánico; nosotros, atlánticos, vertidos hacia un océano abierto, vosotros, continentales de un mar interior; nosotros, de la barra pirenaica, vosotros del arco alpino; nosotros, aquitanos, galos o bretones, húmedos y suaves, vosotros, mediterráneos, ventosos, picantes y secos; nosotros, vascos o gascones, primos de los escoceses, irlandeses, portugueses; vosotros, provenzales, vecinos rodanianos del Rin y del Po; vosotros, Zola, Daudet, Giono; nosotros, Montaigne; vosotros Cézanne, nosotros Fauré.

Si el espacio nos separa, también nos ha unido. Al final de la última guerra, usted emigró, aterrorizado (como lo hice yo) por las locuras criminales de las naciones europeas. Para pensarla mejor, sin duda, usted puso instintivamente distancia entre su cuerpo y esta mortal violencia. Y, del mismo modo que yo hablo con una cierta emoción de la Francia rural de antes del corte del conflicto, usted habla a menudo con la misma nostalgia de los Estados Unidos que conoció entonces, país como el nuestro con cultura rural y cristiana, antes de que se americanizase. Buscando la paz, usted se volvió (uno de los primeros) lo que todos debemos devenir de acá en adelante: mestizo de cultura y ciudadano del mundo.

Yo me le uní veinte años después. ¿Recuerda usted aquellos paquebotes, esas benditas travesías cuya duración no le costaba al cuerpo ningún desfase horario? Perdiéndolo, se ganaba tiempo, mientras que ahora lo perdemos creyendo ganarlo, amontonados en aeronaves. Desde aquella época, yo en parte compartí su vagabundeo de campus en campus, y del este al oeste. ¿Recuerda usted los chubascos de nieve <blizzards> de Buffalo, inviernos en los que rompíamos el hielo por la carretera donde los montones, acumulados por la nieve de los Grandes Lagos, nos impedían a veces salir de nuestras casas? ¿Recuerda usted los otoños luminosos de Baltimore, veranos indios donde los rojos del follaje reenvían al cielo una claridad que su azur no conoce? ¿Recuerda usted los colores húmedos de Texas, de las flores de Carolina? Una vez llegada la vejez ¿con qué tristeza deberé pronto dejar de reencontrarme con usted, como desde hace veinte años, sobre los bordes del Pacífico, entre la bahía de San Francisco y el Océano?

De la misma manera que su pensamiento conecta muchas disciplinas, su vida atravesó lentamente este inmenso continente. Usted conoció su espacio, se enteró mejor que nadie de las costumbres, las virtudes, los excesos, la grandeza, las emociones, las religiones, la política, la cultura. Día tras día, aprendí los Estados Unidos escuchándole y deseando con frecuencia que tras la huella de Alexis de Tocqueville (cuyo sillón ocupo) usted escribiera mañana una continuación —contemporánea y magnífica según lo que yo he escuchado— de la *Democracia en América*. Los recuerdos de su vida nos deben esta última obra.

Usted atravesó la mar para evadirse de la violencia; usted principalmente, y yo (su doble en la sombra) en efecto, no hablamos en vano de ella. Desde 1936, cuando los dos teníamos alrededor de diez años, nunca he olvidado que nosotros (de los pocos hijos nacidos de los sobrevivientes de la Primera Guerra Mundial) recibíamos ya los refugiados de España, rojos y blancos, gemelos escapados de las atrocidades de una guerra civil que anunciaba la retoma de los horrores padecidos por nuestros padres. Recuerde entonces la serie en catarata, recuerde los refugiados del norte, empujados por la Blitzkrieg del 39, recuerde los bombardeos, campos de la muerte y del Holocausto, de las luchas civiles entre resistentes y milicianos, de la Liberación, feliz pero abominable por los resentimientos sangrientos; recuerde a Hiroshima y Nagasaki, catástrofes para la razón y el mundo. Así formada por estas atrocidades, nuestra generación debió, además, llevar las armas en las guerras coloniales, como en Algeria. Compartimos una infancia de guerra, una adolescencia de guerra, una juventud de guerra, a menudo una paternidad de guerra. Las emociones profundas propias de nuestra generación nos concederán un cuerpo de violencia y de muerte. Sus páginas emanan de sus huesos, usted y yo hemos recibido desde esa época un alma de paz, mezclada a nuestro cuerpo de guerra.

Un día los historiadores vendrán a solicitarle que explique lo inexplicable: esa formidable ola que sumergió nuestro Occidente durante el siglo XX, en el que la violencia sacrificó, no solamente millones de muchachos durante la Primera Guerra Mundial, y luego decenas de millones en torno a la Segunda —siguiendo la única definición de guerra que se sostiene, y según la cual: viejos sanguinarios, de una parte y de otra de la frontera, se ponen de acuerdo para que los hijos de los unos se dediquen a matar a los hijos de los otros, en el curso de un sacrificio humano colectivo que regulan, como los grandes sacerdotes de un culto infernal, esos padres rabiosos que la historia llama “jefes de Estado”— y que, para coronar esas abominaciones con un pico de atrocidad, sacrificó (digo yo) no solamente a sus hijos sino, por un volteo sin precedente, sacrificó también a sus ancestros, los hijos de nuestros ancestros los más santos, quiero decir el pueblo religioso por excelencia, el pueblo al que Occidente le debe —bajo la figura de Abraham— la promesa de cesar el sacrificio humano. En la atroz humareda salida de los campos de la muerte, y que nos ahogó a los dos al mismo tiempo que la atmósfera occidental, usted nos enseñó a reconocer la que salía de los sacrificios humanos perpetrados por la salvajada politeísta de la Antigüedad, aquella precisamente de la que el mensaje judío, luego cristiano, trató desesperadamente de liberarnos. Estas abominaciones superaban ampliamente las capacidades de la explicación histórica; para tratar de comprender este incomprensible, es necesaria una antropología trágica a la dimensión de la vuestra. Un día comprenderemos que este siglo amplió, a una escala inhumana y mundial, vuestro modelo societario e individual.

De nuevo ¿de dónde viene esta violencia? De la imitación, decía usted llueve de lo mismo en los campos del deseo, del dinero, de la potencia y de la gloria, poco amor. Llueve remedo, como llovía antaño en el vacío de lo mismo, átomos, palabras o letras, para la fundación del mundo.

Ahora bien, cuando todos desean lo mismo se enciende la guerra de todos contra todos. No tenemos nada más que contar que estos celos odiosos de lo mismo que opone dobles y gemelos como hermanos enemigos. Casi divinamente performativa, la envidia produce, ante ella, indefinidamente, sus propias imágenes, a su semejanza. Los tres Horacios se parecen a los Curiáceos triples; los Montesco imitan los Capuleto; san Jorge y san Miguel imitan al Dragón; el eje del Bien actúa simétricamente (siguiendo la imagen, apenas invertida) del eje del Mal. Así generalizado, cubriendo todo el espacio por imitación, el conflicto arriesga con suprimir hasta el último de los guerreros. Espantados con esta posible erradicación de la especie por ella misma, todos los beligerantes se voltean, en medio de la crisis, contra uno solo. Humanos en masa matan a un humano único, en un gesto tanto más repetido cuanto que los asesinos no saben lo que hacen.

Hasta aquí, no tenemos nada que contar porque el relato, redundante, repite siempre la misma cantinela, esa pesadilla monótona de remedo y de asesinato que comúnmente se llama la “historia”. No hay nada que contar porque, ciegos o hipócritas, ocultamos, bajo las mil circunstancias multicolores de la historia —el verbo “historiar” significa esa mezcolanza de colores vivos embellecida con un decorado de chismes—, esa uniformidad de un mensaje sin ninguna información. Con el caleidoscopio de sus furores, de sus oropeles de arlequín, la historia cubre su vacío de información, nacido de la monotonía replicada de la violencia.

Entonces, pero entonces solamente, comienza el relato: el que cuenta a la vez el libro de los *Jueces* (XI, 34-40) o la tragedia griega, y que a mi turno puedo relatar finalmente. Si gano esta guerra, suplica Jefté (general de los ejércitos), ofreceré al Señor en holocausto a la primera persona que encuentre. Si los vientos se levantan de nuevo para virar mis velas hacia Troya, ruega Agamenón (almirante de la flota), sacrificaré, en los altares de Neptuno, al primero que venga hacia mí. Una buena brisa infla el velamen de los barcos de guerra griegos y ese padre, rey de reyes, ve venir hacia él a su propia hija Ifigenia. El ejército judío aplasta a los hijos de Ammon y, danzando y tocando el tímpano para festejar la victoria, sale de su casa, en Masfa, la propia hija de Jefté, corriendo, feliz, hacia su padre triunfante, pero que desgarrar sus vestiduras. En las planicies melancólicas de las batallas y pependencias de los mismos contra los mismos, los dos desean lo mismo; sin noticias pues y sin información, lanzan entonces y hasta el cielo el más improbable de los mensajes, el colmo del horror y la crueldad. Los más nobles padres se vuelven los peores.

La vida, el tiempo, las circunstancias y la historia tiran al azar a los primeros llegados. El dios Baal y el Minotauro oculto en el laberinto de Creta devoran a los primogénitos de los nobles de Cartago o de Atenas. Los hijos y las hijas, siempre los niños. La víctima de la violencia parece resultado de echar pajas, pero siempre la suerte recae sobre el más joven, sobre el grumete... velando así el secreto de la guerra, que yo había adivinado: el asesinato de la descendencia (por tanto, su organización por parte de esos padres infames) se oculta bajo la casualidad.

En esta segunda monotonía del sacrificio humano, de aquí en adelante sin cesar retomada, **la primera verdadera nueva** viene de Abraham, nuestro ancestro, al menos adoptivo, que llamado por el ángel del Señor (*Génesis*, XXII, 10-13), detuvo su brazo en momentos en que iba a degollar a su hijo Isaac. Esto muestra, mejor aún, que Agamenón y Jefe habían sacrificado a su hija deliberadamente y ocultaban esta abominación bajo el pretexto del azar y del primer llegado, como por lo demás otros la disimulaban en la noche, con ocasión de una tormenta. La lástima, la piedad monoteísta consiste, nuevamente, en la detención del sacrificio humano, reemplazado por la vicariancia de una víctima animal. El rayo de la violencia se bifurca y, misericordiosamente, no golpea al niño. De paso, para ayudar a su idea sobre la domesticación de los animales, ¿ha notado usted el enredo de los cuernos del carnero en la espesura? ¿Quiere decir esta atadura que el animal ya no era salvaje?

La segunda viene de la Pasión de Jesucristo; en la agonía, él dice: Padre, perdónales pues no saben lo que hacen. Aquí, la buena noticia tiene que ver con la inocencia de la víctima, el horror del sacrificio y el desengaño de los verdugos ciegos. **La tercera** viene de usted que, desvela esta verdad oculta, a nuestros ojos como a los suyos.

Menos conocida ese día, aunque ensordecedora, **la cuarta** exigiría largos desarrollos. Por medio de lo impreso, la palabra y las imágenes, los *media* de hoy retoman el sacrificio humano, lo representan y lo multiplican con un frenesí tal que estas repeticiones recubren nuestra civilización de barbarie melancólica y le hacen padecer una inmensa regresión en términos de hominización. Las tecnologías más avanzadas hacen retroceder nuestras culturas a las eras arcaicas del politeísmo sacrificial.

Usted dice también que el desvelamiento del mecanismo victimario ha desgastado su remedio. Ciertamente, no disponemos ya de rituales para matar hombres. Salvo en nuestras pantallas todos los días; excepto en nuestras carreteras frecuentemente; exceptuando nuestros estadios y nuestros cuadriláteros de boxeo, a veces. Pero, estoy pensando, esta ley soberana que nos hace pasar del asesinato a la carnicería, esta ley (digo yo) que deriva nuestro furor de la víctima humana hacia el animal, ¿nuestra violencia no la deriva hoy a esos objetos de

los que acabo de decir que salen, precisamente, de nuestros cuerpos, por medio de un proceso copiado de vuestro mimetismo? Hace algunas semanas, por segunda vez, vimos en Francia revueltas sin muertos, violencias desencadenadas sin víctimas humanas. Hemos visto, nosotros, ya viejos, testigos de los horrores de la guerra y a quienes la historia enseñó, contra el mensaje de Abraham y de Jesús, la hoguera de Juana de Arco o la de Giordano Bruno; hemos visto a los levantados en cuestión solo quemar, por mimetismo, automóviles; ¿hemos observado a la policía, plantada delante de ellos, proteger las vidas humanas? Veo acá una continuación insoslayable de su antropología, donde la violencia colectiva pasó, antaño, del hombre al animal y, ahora, del animal (ausente de nuestras ciudades) a los objetos técnicos. En medio de estas revueltas arden los caballos-de-vapor.

Como un aparecido, lo sacrificial no cesa pues de visitarnos. ¿Por qué? Cuando estábamos niños nos enseñaron en la escuela que Zeus, Artemisa y Apolo poblaban el panteón de las religiones antiguas. Falsas, estas denominaciones hacen olvidar que a los ojos de los antiguos solamente existían las divinidades específicas de las ciudades. Cubierta de senos, Artemisa de Éfeso se distinguía de la amazona cazadora de otra ciudad; Apolo reinaba en Delfos, y Atenea en la comunidad exclusiva de los atenienses; estos nombres propios unificaban un colectivo local.

¿Creían estos ancestros en las deidades así nombradas? No. Ningún verbo, en su lengua, designaba una fe. Ciertamente que creían, pero solamente en el sentido en que algunos (incluyéndome) participan a veces con calidez en las hazañas de su equipo regional o nacional de rugby, en el sentido en que un conciudadano confiesa su confianza en la República. Esta creencia transita la pertenencia. A la sombra del Partenón, Atenea simboliza un territorio epónimo como un equipo de fútbol u otros partidos que designan otros nichos. Ocurre que allí se blande un estandarte sangriento ante feroces soldados, de los que palabras racistas denominan aún sangre impura. De esas pertenencias deriva todo el mal del mundo. Conflictos perpetuos entre ciudades e imperios erradicarán Grecia, Egipto y Roma y, en tres guerras sucesivas, los nacionalismos de Occidente estuvieron a punto de suicidarse. Afortunadamente, nuestra generación inventó una Europa que, por primera vez en la historia occidental, vive en paz desde hace sesenta años. Vuestro politeísmo asesino de lo sagrado, yo lo generalizo a religiones belicosas y militantes de la pertenencia. La fe las abandona, desgastadas.

Los politeísmos y los mitos asociados pegan los colectivos con una eficacia sangrienta, pero esta solución, siempre temporal y, por tanto, por recomenzar sin cesar, se desgasta mientras que estas sociedades perecen. Cuando el judeo-cristianismo aparece, enraizó poco a poco la fe en los individuos. Antes de san Agustín y Descartes, san Pablo inventa el ego universal.

Hay dos tipos de religiones: las antropologías y los sociólogos agotan el sentido de las que fundamentan la pertenencia, donde reina la violencia y lo sagrado. Inversamente, para las de la persona, la expresión “sociología, política de las religiones” se experimenta como un oxímoron. La distinción monoteísmo/politeísmo no se reduce de ninguna manera a la creencia en uno o en muchos dioses, sino que designa una separación más radical entre creencia y fe, entre social e individual. Cuando el Evangelio recomienda la disociación entre Dios y el César, distingue la persona de su colectivo. El emperador domina el “nosotros”; Dios se dirige al “yo”, fuente puntual sin espacio de mi fe en Él. Debo el impuesto a la sociedad dominada por el poder imperial; salvo mi alma. Por no tener ningún sitio en el mundo, la nueva religión funda su santidad en la intimidad del interior.

Sin embargo, ella funda también una Iglesia, que se encierra primero en las catacumbas, al lado de las tumbas, no solamente para escapar de las persecuciones de Roma, sino para ocultarse de una sociedad violenta desgastada hasta el fondo, para tratar de constituir un colectivo nuevo, cambiando la pertenencia sagrada por la comunión de los santos. Veo a los primeros cristianos, damas patricias, esclavos, extranjeros de Palestina o de Jonia, sin distinción de sexo, de clase ni de lengua, no dejando de focalizar su mirada y su atención ferviente en la imagen de la víctima inocente, compartiendo una hostia simbólica más bien que los miembros esparcidos de un linchamiento. Si comprendiésemos este gesto ¿no cambiaríamos de sociedad?

Si la Iglesia ha logrado o no una tal apuesta, ¿no ha sido todavía la historia demasiado breve como para juzgarlo? Lo único que sé es que toda sociedad, aquella tanto como las otras, se encuentra tan pronto nace, enzarzada en la necesidad de administrar su violencia inevitable. Ningún colectivo escapa a esta ley de bronce, ni siquiera el de los teólogos, filósofos, científicos, historiadores, académicos... tan perseguidores como cualquier otro grupo en fusión. La potencia societaria de la violencia y de lo sagrado se impone sobre las virtudes suaves de los individuos, y devasta pronto la comunión de los santos. ¿Puede ella escapar del mimetismo, de la rivalidad, de los mecanismos ciegos del chivo expiatorio? Los que pretenden batirse por Dios caen entonces, y no hacen sino asesinar por un fantasma de César. En medio de las guerras de religión, Montaigne anotaba que apenas encontraba a un furioso entre mil que confesaba matar por su fe. La violencia regresa siempre entre nosotros, y también claramente entre lo divino. Vivimos hoy todavía el retorno de esos espectros.

Considerar la religión como un hecho de sociedad o de historia, lejos de caracterizar una aproximación científica, lo que hace, por el contrario, es parte de la regresión contemporánea hacia las religiones sacrificiales de la Antigüedad. El saber allá se entrega a la misma ceguera que los *media*; en los dos casos,

una vez Dios muerto, nuestras conductas regresan a las religiones arcaicas; luego de que el monoteísmo se calle, erramos, nos volvemos politeístas, entre los aparecidos del sacrificio humano.

¿Por qué todos los días, a mediodía y en la noche, la televisión presenta con tanta complacencia cadáveres, guerras y atentados? Porque el público se coagula con la visión de la sangre vertida. Ratas para los otros hombres, nosotros, los otros hombres, boquiabiertos ante la violencia y sus aparecidos. El politeísmo sacrificial pega tan bien lo colectivo que yo lo llamaría gustoso lo “natural de lo cultural”. Los profetas escritores de Israel conocían bien este retorno fatal del sacrificio, en una sociedad que todavía no llegaba a vivir la dificultad de un monoteísmo que los privaba de él.

Como en los tiempos bíblicos, esto nos ocurre hoy. Solo lo puede recordar un profeta; debemos escucharlos.

Hay dos tipos de religiones. Casi naturalmente, las culturas engendran las de lo sagrado, que se distinguen de aquellas que esos colectivos mismos apenas si pueden tolerar porque, santas, ellas prohíben el asesinato. Raro y difícil de vivir por su excepción insoportable, el monoteísmo efectúa la crítica más devastadora de los politeísmos corrientes, sin cesar, aparecidos en su fatalidad. Lo santo critica lo sagrado, como el monoteísmo la idolatría.

Usted despega la fe de los crímenes de la historia, comprendidos los que fueron perpetrados a nombre de lo divino, no para justificar la religión, sino para restablecer la verdad, cuyo criterio es: nunca derramar la sangre.

Meditando así, usted lleva la razón a materias de violencia que parecían excluirla. En derecho ella no le pertenece a nadie, a ningún saber, a ninguna institución, sino que se conquista solamente de ejercicio. Ciertamente parece fácil practicarla en las ciencias exactas; ahora bien, usted la introduce en dominios de todos modos difíciles. Con frecuencia se escucha hoy reducir la religión a un fideísmo fofo e irracional por fuera de todo racionalismo; como si, venida de un corazón de dulcete repugnante, la fe le diera la espalda a la razón. Por el contrario, usted reanuda con la más alta de nuestras tradiciones, donde la una busca la otra, reconciliándolas.

Además, usted lo hace siguiendo un camino de una longitud poco común. Mido la importancia de su hipótesis por la extensión de su irradiación; ella ha renovado, en efecto, *la crítica literaria*: traté de hacer escuchar al comienzo que de aquí en adelante leemos de otra manera la tragedia, griega, renacentista y clásica; pero hemos dejado de lado un ejercicio que, cerrado sobre sí mismo, permanecería vano, para pensar mejor, gracias a usted, las tragedias que vivimos; ella ha renovado *la historia*: interpretamos de aquí en adelante de otra manera la fundación de Roma, los conflictos, los movimientos de muchedumbres, las

revoluciones; pero hemos renunciado a un ejercicio que, cerrado sobre sí mismo, permanecería vano, para comprender mejor, gracias a usted, el horror de nuestro siglo XX; ella ha renovada asimismo *la psicología*: si el triángulo a la francesa refresca la lectura de las novelas del XVIII y del siglo XIX, y sus mentiras románticas, pasamos de largo inmediatamente ese ejercicio que, cerrado sobre sí mismo, permanecería vano, pues vuestro mimetismo permite interpretar mejor el narcisismo, las relaciones amorosas, la homosexualidad, volver a leer incluso el psicoanálisis; comprender también mejor los mecanismos del deseo y de la competencia que modelan *nuestra economía*; entramos más adelante, gracias a usted, en *la antropología, la historia de las religiones y la teología*, volviéndole a dar su importancia al sacrificio, volviendo a situar las religiones judía y cristiana con respecto a los diversos politeísmos; pero inmediatamente abandonamos un ejercicio que, cerrado sobre sí mismo, permanecería vano, para captar mejor en fin las monótonas novedades de la época contemporánea. Para comprender nuestro tiempo, disponemos no solamente del nuevo Darwin de la cultura, sino también de un doctor de la Iglesia.

Vuestro pensamiento, decididamente, me conduce siempre a los tiempos presentes. Me apresuro a reunirmele.

Decía que el espacio ora nos separa ora nos une; pero el tiempo también nos congrega; nacimos los dos al pensamiento por el de una mujer de la que quiero evocar su vida y su rostro con reconocida piedad; sensiblemente, en la misma época leímos a Simone Weil; su genio y las atrocidades de la guerra hicieron de esta mujer inspirada, judía a la vez y cristiana, la última de las grandes místicas, la última filósofa para la que el heroísmo y la espiritualidad tenían tanta (sino más) densidad como la vida misma. Me acuerdo de las reuniones en California, entre alemanes y franceses, enemigos en tiempos borrados de nuestras memorias, vueltos amigos después, que confesaban de concierto haber comenzado a meditar bajo la égida suave de esta heroína que consagró su existencia a la santidad.

De hecho ¿podríamos vivir, escribir y pensar solos, nosotros que somos otros, débiles machos, sin estas otras santas mujeres? Vuestra obra, Señor, convierte a quien la lee a la certidumbre del pecado original, cuyo constante rastro por la historia nos obliga sin cesar a administrar entre nosotros una violencia irreprimible. Frente a este modelo duro, vuestra vida se acompaña de una segunda imagen femenina, más dulce, más amable, irremplazable. Además de sus doce apóstoles varones, Jesucristo mismo tuvo necesidad de santas mujeres y, entre ellas, de una María Magdalena, para derramar sobre él el perfume, y de una Marta, para la cotidianidad de los días. He acá dos figuras de la inspiradora necesaria de quien se echa, sediento, por el desierto de la obra. La vertedora del nardo precioso, acaparadora de la mejor parte, recibe, en la historia santa

suficientes elogios, y se convierte en modelo de bastantes representaciones profanas como para que yo la pase en silencio en beneficio, finalmente, de la segunda, de la que nadie dice nada. Todo el tiempo en el trabajo, nunca en el honor.

La veo estadounidense, portadora de una tradición cristiana tan antigua como la migración, sólida, leal, generosa y dulce, retirada. Usted encarna, Señora, las virtudes que admiramos desde hace siglos, en la cultura de vuestro país: la fidelidad, la constancia y la fuerza, el consejo, la precisión del juicio, la finura en la aprehensión de los sentimientos del otro, el desvelo, el resalto vivo luego de la prueba, el dinamismo y la lucidez ante las cosas de la vida. Sin usted, sin su presencia inimitable —pocas gentes lo saben, que lo aprendan hoy— no hubieran seguramente visto el día los grandes pensamientos que he tenido la pesada carga de loar esta noche. Con vuestros hijos y vuestros nietos, cuyos rostros amigos veo en estos momentos, usted encarna, además, el lazo entre lo que ocurrió antaño en el medio oeste de vuestro Nuevo Mundo y lo que se dice actualmente en París, en hábitos antiguos. Es esto: un ciudadano francés, profesor en Stanford University, recibe bajo la cúpula de la Academia (una de las más antiguas instituciones de Francia) a un ciudadano estadounidense, francés de nacimiento, profesor él también en la misma universidad. Solo se trataría de un doblete, si usted no asistiera a la sesión y no completara el triángulo, por una nueva y milagrosa vez, sin mimetismo ni rivalidad. Usted liga nuestras dos personas, por el afecto que le profeso a su marido y a usted misma; usted ata también nuestros dos países, cuya infinita preciosa amistad celebro. Que ella haya conocido la prueba de nubes pasajeras es algo que hasta la más estrecha de las relaciones lo ha experimentado.

Sobre vuestras espaldas reposa el puente del mundo. La paz reinará, la humanidad se construirá, mezclada, no tanto con la ayuda de tratados entre las naciones, no tanto por la política, el derecho o los intercambios comerciales como por los humildes lazos amorosos tejidos por las mujeres en matrimonios sin fronteras. Entonces, en sus hogares sonarán, ¡oh maravilla!, dos lenguas maternas. La armonía por venir se abre sobre esta música mestiza, multiplicando los reclamos y las pasarelas entre las culturas. Señora, desde hace tiempos escucho el puente de vuestra voz.

Señor, regreso con usted que ha inventado la hipótesis más fecunda del siglo. Me tomé un tiempo de reposo en estas confidencias suaves porque tenía dificultades en sostener la elevación hacia la grandeza de las cosas que usted dice. Si tuviera que retener una sola de las lecciones que yo saco de ello, sería esta sobre la cual me gustaría terminar.

“Girones llenos de sangre y miembros horribles” cuyo horror agitaba en mi comienzo, usted ha generalizado las acciones sacrificiales a las cuales se

entregan las culturas conocidas. La hemoglobina chorrea del cuerpo de las víctimas humanas y animales, en suma: de esos asesinatos colectivos con los que usted nos fastidia irremediablemente. Ahora bien, al juzgar a la víctima culpable, y convertir en inocentes a los asesinos, las fábulas que los relatan mienten. Usted nos ha enseñado pues que la falsedad acompaña el crimen, y la mentira, el homicidio, el uno siguiendo al otro como su sombra. De la sangre vertida nacen dioses, antiguos o contemporáneos, siempre falsos. Gemelos, el error y el asesinato permanecen inseparables. Sublime racionalismo.

Inversamente, convertir en inocente a la víctima conduce a no matar desvelando la verdad. ¿Buscas lo verdadero? ¡No matarás! La revelación de inocencia equivale entonces a una genealogía de la verdad a la que Occidente, por medio del monoteísmo judío, la geometría griega y el cristianismo judeo-griego (los tres críticos de los mitos) debe su dominio único de las razones y de las cosas. De la verdad deriva la moral. Racionalismo sublime.

De repente, usted me ha enseñado esto que cambió mi vida: distinguir lo santo de lo sagrado, ni más ni menos que lo falso de lo verdadero. Teología, ética, epistemología hablan, en tres disciplinas, una sola voz.

Escuchad la circunstancia que me aconteció hace ya algunos quince años, y que a mis ojos pasó por ser una experiencia crucial de lo bien fundada de vuestra hipótesis. Nunca había tenido ante mí estudiantes comparables a los prisioneros de Fresnes o de la Santé; contrariamente a los alumnos ordinarios, ellos disponen de tiempo y por tanto fuerzan mutismo y atención. Cómodo en esos lugares, yo tenía en común con ellos el haber vivido largos años de adolescencia, como interno, en liceos con arquitecturas parecidas a su encierro. Un día me preguntaron que hablara de lo sagrado. Uno de ellos protestaba, pretendiendo que, rollo de escritura, copón, piedra negra... se reducía a una simple convención. Arbitrario o no, era la cuestión. Fiel a un método cuya exigencia rehusaba el curso magistral, les pedí que se prepararan para responder sobre ello meditando aparte sobre la muerte algunos instantes. Retomándome pronto, rectifiqué mi proposición añadiendo: No solamente la muerte que ustedes y yo vamos a sufrir, necesariamente, sino también aquella que uno puede dar, por accidente o voluntariamente. Entonces, tres de ellos se levantaron de repente, como picados por un áspid: Yo, yo, iyo conozco lo sagrado! Se trataba de condenados por asesinato. Nunca había obtenido un silencio tan contemplativo, extático y prolongado ante la evidencia. Los falsos dioses nos visitaban.

Lo santo se distingue de lo sagrado. Lo sagrado mata, lo santo pacífica. No violenta, la santidad se despoja de la envidia, de los celos, de las ambiciones hacia las grandezas del establecimiento, asilos del mimetismo, y así nos emancipa de las rivalidades cuya exasperación conduce hacia las violencias de lo sagrado. El sacrificio devasta, la santidad da a luz.

Vital, colectiva, personal, esta distinción recubre aquella otra: cognitiva, de lo falso y lo verdadero. Lo sagrado une violencia y mentira, asesinato y falsedad; sus dioses, modelados por el colectivo furioso, sudan lo fabricado. Inversamente, lo santo concede amor y verdad. Sobrenatural genealogía de lo verdadero de la que no dudaba la Modernidad; solo decimos verdad de inocentemente amar; no descubriremos nada, no produciremos nada que no sea deviniendo santos.

En el curso de reuniones en las que sentí mucho que usted no asistiera, nuestra compañía dudó, recientemente, en definir la palabra “religión”. Usted ha hablado de dos familias de ella: las que unen a las muchedumbres furiosas en torno a ritos violentos y sagrados, generadores de dioses múltiples, falsos, necesarios, y aquellas que, revelando la mentira de las primeras, detienen todo sacrificio para impulsar a la humanidad en la aventura contingente y libre de la santidad, para lanzar la humanidad en la aventura contingente y santa de la libertad.

Quiero terminar con aquello que sin duda pocas personas pueden oír estando vivas, que aún no he pronunciado ante nadie: Señor, lo que usted dice en sus libros es verdadero; lo que usted dice permite vivir.

Agotado el sacrificio, ahora solo nos batimos contra un enemigo: el estado al que deseábamos reducir al enemigo cuando antaño peleábamos. Entonces, el único adversario en este nuevo combate, la muerte, vencida, deja lugar a la resurrección, a la inmortalidad.

Señora Secretaria perpetua, permítame ahora —como lo ordena el reglamento— que abandone, en la palabra final, el voseo ceremonial. En esta compañía de iguales, orgulloso de que esté con nosotros, entra, ahora, mi hermano.